

## Prólogo

El gigante Atlas era hijo del titán Jápeto y de la oceánide Clímene, o según otra tradición mitológica, de Poseidón y de Clitia. Fue condenado a sostener sobre sus hombros nada menos que la bóveda celeste por toda la eternidad, castigado por haberse revelado con otros gigantes contra Zeus. También se le conoce como Atlante.

Este fabuloso personaje dio su nombre al macizo montañoso situado al norte de África y además inspiró la colección de mapas geográficos publicado en 1595 por Mercator, que precisamente aparecieron adornados con un frontispicio donde destacaba la figura del gigante.

Desde entonces el nombre de Atlas se ha generalizado para designar los volúmenes que reúnen series de cartas y láminas de mares y territorios.

Si esta es la leyenda, que ha pasado al vocabulario universal de la cartografía, también podemos aplicar el mito del gigante, desde un planteamiento histórico, a los distintos Imperios que han sustentado el poder mundial a lo largo de los siglos, actuando, en cierto modo, como Atlas al llevar sobre sus hombros el planeta Tierra.

Los ya lejanos de la Antigüedad: Asiria, Babilonia, Egipto, Alejandro o el más cercano de Roma y los Imperios de China, Gengis

Khan, Japón, mogoles, árabes, otomanos, azteca o incas, sin olvidar los nebulosos de África como Ghana, los reinos Shonghai, Nubia, Dongola, Etiopía o Tombuctú, Benin o los haussas, kordogan y Monomotapa que han quedado como curiosidades arqueológicas. Más próximos están los Imperios europeos, cuya huella sigue muy visible, desde Portugal y España a Francia, Gran Bretaña, Austria Hungría, Alemania o Rusia.

Tras los derrumbes monárquicos de las dos guerras mundiales, se llegó al *Consulado* entre Washington y Moscú, que se estabiliza en el período de la coexistencia, mientras se forma el Tercer Mundo nacido de la descolonización y Europa busca, en el proceso de integración, recuperar su lugar en la Historia. Todo este escenario cambiará tras la caída del muro de Berlín en 1989 y el fin de la URSS en la Navidad de 1991. Quedaba un único gigante para sostener el globo terráqueo: los Estados Unidos, Atlas de un sistema de poder unipolar.

El día 1 de septiembre de 2001, el vuelo 11 de American Airlines, un Boeing 767, se estrelló a las 8.46 contra la Torre Norte del World Trade Center de Nueva York. A las 9.03, el vuelo 175 de United Airlines, otra aeronave del mismo modelo que el anterior, impactó contra la Torre Sur. Era obvio que no se trataba de un accidente, sino de un atentado terrorista.

A las 9.37, el vuelo 77 de American Airlines, un Boeing 757, chocaba contra uno de los lados exteriores del Pentágono, en Washington y poco después, a las 10.02 el vuelo 93 de United Airlines cayó en un campo de Pennsylvania. Posiblemente falló en su objetivo de atacar algún otro edificio emblemático, quizá el Capitolio.

Este nuevo Pearl Harbour acababa con el período feliz de los años noventa y abría el siglo XXI con tenebrosos presagios.

Estados Unidos, la potencia hegemónica del denominado Nuevo Orden surgido tras el desplome del comunismo, era vulnerable en sus símbolos más representativos. Salta por los aires todo

el esquema que supuestamente organizaba el mundo. ¿Qué iba a ocurrir?

Antes de responder a esta pregunta hay que situarse en los nuevos parámetros espaciales y temporales de un Complejo Relacional que está rediseñándose en un proceso que no ha terminado, y que simultáneamente se encamina, con ritmo vertiginoso, a la búsqueda de un perdido equilibrio de poder que lo estabilice.

Es evidente que el primer hecho estructurador es la globalización, un marco de interconexión e interdependencia entre los actores, estatales y no estatales, que está dando una nueva ordenación al ecosistema transnacional, que vengo en calificar de archipiélagica.

Para Samuel Huntington «la política mundial está entrando en una nueva fase, y los intelectuales han propuesto diversas visiones de ella: entre otras, el final de la Historia, el retorno de las viejas rivalidades entre Estados nacionales y el desmedro del Estado a consecuencia de la tensión entre tribalismo y globalismo. Cada una de esas visiones capta aspectos de la nueva realidad; pero en ninguna de ellas se contempla el factor más decisivo de que ha de depender el panorama político mundial en los años venideros.

»Mi opinión es que la causa principal de los conflictos en este mundo nuevo no será de carácter ideológico ni económico. Las mayores escisiones y conflictos provendrán de motivos culturales. Los Estados seguirán siendo los agentes más poderosos en la esfera mundial, pero los conflictos mayores entre países y otros grupos surgirán en razón de su pertenencia a civilizaciones diferentes»<sup>1</sup>.

Demos un discreto salto en el tiempo. Cuentan las crónicas que de la numerosa embajada enviada en el año 797 por Carlo-

1. HUNTINGTON, S., «If not Civilizations, What? En *Foreign Affairs*, nov-dic, 1993. Réplica a las críticas formuladas a su anterior artículo «The Clash of Civilizations».

magno a Bagdad para establecer relaciones con el califa abásida Harun al Raschid, únicamente regresó, en el año 801, un superviviente, el judío Isaac, pues sus compañeros de misión murieron en el viaje. Pierre Remouvin añade que Harun al Raschid hizo remitir a Carlomagno en 802 un elefante como regalo. Las comunicaciones no eran precisamente fáciles por entonces, y eso que se trataba de contactos entre dos de los monarcas más poderosos de la época<sup>2</sup>.

En la última inauguración de las sesiones de la Asamblea General de la ONU se dieron cita en Nueva York representantes de máximo nivel de los 193 Estados que la integran.

Tan solo mil doscientos once años separan ambos hechos. Comparar los cambios experimentados en este período de tiempo por los sistemas de comunicación y por los *modos* diplomáticos ilustra, como pocos ejemplos pueden hacerlo, la transformación experimentada por las relaciones entre los hombres y entre los pueblos.

2. La recepción de Embajadas fue, siempre y en todas partes, rodeada de solemnidad. En Constantinopla, los antiguos usos del Imperio romano se habían complicado aún más; una etiqueta minuciosa regulaba todos los detalles. Aunque diferente, esta no era menos severa en la corte del califa. De una parte y de otra, la intención era impresionar a los embajadores y, por su intermedio, a su jefe. También para impresionar al soberano cerca del cual una misión era acreditada, los *basileos*, los califas y los otros potentados musulmanes hacían acompañar a sus enviados de un séquito, y los equipaban con magnificencia. Estamos menos informados en cuanto a la manera de hacer las cosas en los reinos occidentales; pero factores idénticos habrían de producir allí efectos análogos. Se sabe que, incluso los últimos merovingios, que tenían perdida la efectividad del poder, recibían todavía ellos mismos a los enviados extranjeros, para que estos estuviesen bajo la impresión de la majestad inherente a la realeza. Eginardo, el biógrafo de Carlomagno, señala que cuando éste recibía una embajada extranjera, su indumentaria era sensiblemente más esplendorosa que de costumbre. Igual ocurriría, ciertamente, con los demás monarcas carolingios. RENOUVIN, P., *Historia de las Relaciones Internacionales*, Tomo I, Aguilar, Madrid, 1960, pág. 37.

Adoptar el paradigma de la Razón Comunicativa, que vengo propugnando desde hace años, para interpretar la estructura y la dinámica de los Sistemas que se suceden en el despliegue temporal y espacial de las relaciones internacionales, contribuye a un mejor entendimiento del presente mundo global, asentado principalmente, como se ilustra por los ejemplos que acabo de recoger, en un ecosistema comunicativo en el más amplio sentido del concepto.

Hemos articulado este libro comenzando por una mirada algo nostálgica al equilibrio de poder entre los actores estatales y a la alternativa a ese contrapeso que suponían los Imperios, que por cierto también procuraban coexistir entre ellos.

Si es cierto que la contemplación territorial de la Historia nos deriva hacia los Estados, Repúblicas o reinos precedentes, es también conveniente considerar la presencia y acción de las culturas y civilizaciones, ámbitos que en parte son menores, pero que en la mayoría de los casos han tenido y tienen mucho mayor radio de acción, precisamente por fundamentarse nítidamente en ámbitos informativos, que dan forma y con-forman el ser de los pueblos.

Serán por lo tanto mensajes culturales y encuadres de espacio y tiempo, los factores que acoten el desfilar de las páginas de este trabajo que titulamos *Retos geopolíticos actuales*.

Los primeros capítulos introductorios y más teóricos, dan paso después a escenarios y acontecimientos concretos, como la búsqueda europea de su estabilidad, el turbulento Oriente Medio, o las neoguerras asimétricas y el afán por lograr la Seguridad Colectiva. Concluiré con una panorámica geoeconómica, geopolítica y geoestratégica del desfallecido Atlas que nos sustenta y que lucha, denodadamente, por superar sus crisis poliédricas en busca de una realidad mejor, más sostenible, más justa, más solidaria y más pacífica.

En cierto modo, la Introducción de esta obra la constituye otro libro que acabo de publicar, titulado *El rapto del periodismo*,

análisis de la transformación que están experimentando los medios de comunicación convencionales y las nuevas tecnologías de las redes sociales. La razón es que no puede abordarse el análisis del Sistema transnacional del siglo XXI sin exponer a la vez la metamorfosis del ecosistema informativo que lo cohesiona y a la vez, paradójicamente, lo reconstruye.

Junto a los puestos de rosquillas nevadas de azúcar y figuritas de caramelo, rojas como rubíes, en el atrio de la iglesia de San Nicolás de Pamplona, al mediodía del 3 de febrero de 2013, festividad de San Blas.